

“Descubrir la literatura en el acto de fallecer”. Una lengua para los niños zombis de El mundo de Juan José Millás

DOLZANI, Sofía / Universidad Nacional del Litoral (UNL) – sofi.dolzani@hotmail.com

» Palabras clave: Juan José Millás, niños, zombis, biopolítica.

> **Resumen**

El trabajo a presentar forma parte de los avances de un proyecto de investigación enmarcado en una CIENTIBECA otorgada por la Universidad Nacional del Litoral, en la cual se investigan los modos en que la narrativa de Juan José Millás presenta una problematización sobre los cuerpos, habilitando una lectura de los mismos en tanto figuraciones de *niños zombis*. Nuestra hipótesis sostiene que la figura del *niño zombi* opera como un lugar de resistencia biopolítica, ya que genera nuevos marcos de inteligibilidad que revierten las lógicas del desamparo denunciadas por los cuerpos monstruosos y posibilita, así, la configuración de otro tipo de comunidades afectivas que hacen de la vida de estos niños raros, vidas legítimas de ser vividas, *vidas vivibles*. En este caso, se profundiza el desarrollo de dicha hipótesis a través de una lectura de la novela *El mundo* (2007), en la cual indagamos de qué manera emerge la figura del *niño zombi* como lugar clave para la conformación de una lengua literaria. En la narrativa de Juan José Millás, esta última se constituye en la niñez y posibilita la rearticulación de un saber sobre los cuerpos en clave biopolítica, resignificando la matriz parametrizadora que permite dirimir entre las vidas a proteger y las vidas a abandonar. La aprehensión del discurso literario como discurso desde el cual volver a nombrar los cuerpos monstruosos resulta clave en tanto lugar desestabilizador de los marcos de legibilidad hegemónicos y permite señalar, así, otras formas de resistencia.

> **“Descubrir la literatura en el acto de fallecer”. Una lengua para los niños zombis de El mundo de Juan José Millás**

Este trabajo sobre *El mundo* (2007) de Juan José Millás se enmarca en un proyecto de investigación que incluye los textos *No mires debajo de la cama* (1999), *Dos mujeres en Praga* (2002) y *Laura y Julio* (2006), y busca interrogar los modos en que su narrativa presenta una problematización sobre los cuerpos, habilitando una lectura de los mismos en tanto *niños zombis*. Nuestra hipótesis general sostiene que la figura del *niño zombi* opera como un lugar de resistencia biopolítica, ya que genera nuevos marcos de legibilidad que revierten las lógicas del desamparo denunciadas por los cuerpos monstruosos y posibilita, así, la configuración de otro tipo de comunidades afectivas que hacen de la vida de estos niños

raros, vidas legítimas de ser vividas, *vidas vivibles*, al decir de Gabriel Giorgi (2014). En este caso, nos interesa indagar los modos en que se producen esos otros marcos de lectura para los cuerpos, a partir del lugar clave que ocupa la niñez en la narrativa de este autor, en general, y en esta novela, en particular.

La novela *El mundo*, publicada en 2007 y galardonada con el Premio Planeta, narra un relato autofictivo donde se recuperan escenas de la infancia y la niñez que impactaron de manera decisiva en la formación del narrador Juanjo Millás y posibilitaron el devenir de su carrera profesional como escritor. En este sentido, la crítica ha respondido a la lectura de las cuatro partes y el epílogo que conforman el texto insistiendo, principalmente, en la construcción autoficcional del narrador en primera persona y en aquellos aspectos metaliterarios que señalan producciones anteriores de la firma Millás (Orihuela, 2008; Schifino, 2008; Prósperi, 2013; Contadini, 2015; Tanner, 2017). El lugar de la niñez se ha mencionado en tanto experiencia del pasado que sirve a la producción literaria adulta, pero no ha sido una zona indagada en profundidad. Tal como señala Germán Prósperi:

El estudio de la inscripción de la niñez en la obra de Millás ha sido poco desarrollado a pesar de ser un espacio que reclama una atención particular desde el inicio de la serie con la presencia de Jacinto, el hermano del narrador muerto en el armario de *Cerberos son las sombras*, sistema que incluye a Bárbara, la niña *voyeur* hija de Julia y Luis en *Visión del ahogado* o Irene, la no parlante sucesora de Julia y Carlos en *El desorden de tu nombre* (2010: 522).

A esta serie podríamos sumar, además, la niña Julia de *Laura y Julio*, que enseña a su tío cómo contar cuentos, como así también el niño protagonista de *Mi verdadera historia* (2017). Insiste Prósperi: “Los niños de Millás están allí, esperando que escuchemos sus silencios o los balbuceos de su aprendizaje verbal” (2010: 522). ¿Cómo atender, entonces, a esta zona persistente que demanda ser mirada? ¿Cómo pensar los cuerpos infantiles que la narrativa millaseana presenta con frecuencia? ¿Qué tipo de lectura reclaman estos cuerpos? ¿Desde qué lugar la infancia y la niñez emergen como potencias productivas diferenciadas?

Nuestra lectura se propone, en esta instancia, revisar el lugar de la niñez como un espacio de productividad ficcional que hace posible la resignificación de un saber sobre los cuerpos. Pues, los niños de Millás no deben ser entendidos en el sentido tradicional que el imaginario actualiza ante esta palabra: son niños raros, niños que se ven afectados por síntomas y enfermedades cuyos efectos producen un fraccionamiento de los cuerpos en clave parasitaria. Se trata de niños que generan vínculos no solo afectivos, sino también corporales, a través del contagio, desplazando una lectura unívoca del cuerpo. Niños cuya materia orgánica padece de un tipo de infección que aúna enfermedad y ficción, condicionando de una forma particular sus cuerpos. Y, finalmente, niños que pueden pensarse en términos monstruosos, pero que, más precisamente, exigen una lectura en tanto zombis.

La categoría de *zombi* que construimos para leer la narrativa de Millás se enmarca en el campo de los estudios biopolíticos y retoma, como perspectiva teórica fundamental, los aportes de Michel Foucault. Es Foucault (2014a) quien traza las primeras líneas de la biopolítica cuando explica el modo en que se modifica la administración sobre los cuerpos con el pasaje del poder soberano a los Estados

modernos. Si el soberano disponía del poder sobre la muerte a partir de su derecho a defenderse, fundando las posibilidades de *hacer morir* o *dejar vivir*, los Estados modernos ejercerán, por su parte, un poder positivo sobre la vida, reemplazando esta fórmula por “el poder de *hacer vivir* o arrojar a la muerte” (Foucault, 2014a: 130). De esta forma, la vida pasa a ser administrada a partir de una reorganización de las tecnologías de poder que ponen en el centro los dispositivos reguladores de la población y las disciplinas *anatomopolíticas* del cuerpo, que buscan asegurar su rendimiento y productividad. La jerarquización de los cuerpos a partir de una matriz utilitaria y productiva se convierte en el parámetro valorativo que permite dirimir entre las vidas a cuidar y futurizar, frente a aquellas que son desprovistas de valor y que, por tanto, pueden descuidarse y abandonarse.

En este mapa en el que se clasifican las vidas el cuerpo zombi ocupa un lugar fundamental porque, enmarcándolo de manera más amplia dentro de lo que Foucault trabaja como cuerpos monstruosos, desafía “no sólo las leyes de la sociedad, sino también de la naturaleza” (2014b: 61). Los cuerpos designados como monstruosos ponen en cuestión un saber biológico sobre la especie al presentar otros límites de corporización, cuyo derecho a la vida es puesto en cuestión por el discurso de la ley. Siguiendo esta línea, el cuerpo zombi, por un lado, tensiona desde las potencialidades de su cuerpo los conceptos hegemónicos de vida y muerte; y, por otro, problematiza los dispositivos institucionales reguladores de los cuerpos, señalando otros espacios de agenciamiento.

Sin embargo, cabe aclarar que en nuestro trabajo no entendemos al zombi ligado a la construcción que la cultura haitiana ha hecho de este monstruo, es decir, como un cadáver viviente y sin alma que regresa a la vida en manos de un vudú (Sánchez Trigos, 2009); sino más bien, como aquellos cuerpos biológicamente infectados que la ciudad aísla por no responder al régimen de productividad demandado por el modelo capitalista. Cuerpos enfermos que parecieran pivotar entre las lógicas del desamparo y el abandono y las posibilidades de protección y de cuidado. El zombi, entonces, ya no es concebido únicamente cual muerto vivo, sino “como resultado de un diálogo entre lo sano y lo enfermo, entre los ‘tumores sociales’ y los elementos saludables de una nación” (Cortés-Rocca, 2009: 337).

En *El mundo*, una de las figuras que puede leerse en esta clave es la del Vitaminas. El Vitaminas es un niño amigo y vecino de la infancia de Juanjo Millás que ocupa gran parte del protagonismo en el segundo capítulo de la novela, y que posee una particularidad: es un niño cuyo cuerpo está sujeto a una enfermedad que le impide crecer; es decir, está condicionado a ser niño hasta la muerte. De tal manera, el cuerpo niño del Vitaminas se resiste a la futurización desde un punto de vista hegemónico, donde la proyección sobre una vida se traduce en términos de un rendimiento productivo sostenido en el tiempo: “Según mi madre, las personas que sufrían la enfermedad del Vitaminas morían al hacer el desarrollo. Dado su horizonte vital, no valía la pena hacer ninguna inversión en él, por eso no iba al colegio” (Millás, 2007: 43-44). El Vitaminas es un cuerpo que en términos biopolíticos se incluye dentro de “esas formas de vida que no expresan la plenitud de lo viviente y representan un decrecimiento de la potencia vital” (Giorgi, 2014: 19). Sin embargo, si para los adultos ya no vale como cuerpo mercancía y, por lo tanto, no merece ser un cuerpo en el que se apueste, Juanjo llegará a transgredir los límites de la ley del padre

robando monedas que le permitan pagar por un saber que el Vitaminas tiene para compartirle: “vamos a ver la calle” (Millás, 2007: 47). La calle que se observa desde el sótano del Vitaminas adquiere una intensidad hiperreal al construirse desde un foco que va de abajo hacia arriba y produce un efecto de extrañamiento en la mirada sobre el mundo cotidiano. Y es este tipo de mirada a la cual Juanjo ya no podrá resistirse: “Lo vi todo y cogí tal adicción a verlo desde el sótano que el Vitaminas comenzó a cobrarme, diez céntimos al principio; veinte, cuando comprendió que ya no podría vivir sin ver la calle” (Millás, 2007: 50). El intercambio económico se produce, no tanto por lo que pareciera ser la reiteración de la entrada al subsuelo, sino más bien por aquello que el Vitaminas busca legar a su compañero: un saber sobre los condicionamientos del cuerpo enfermo y sus modos de resistencia. O dicho de otra forma, lo que el Vitaminas muestra a Juanjo es cómo mira un cuerpo enfermo y desde qué lugares ese cuerpo produce un saber que posibilita un desplazamiento de los marcos que hegemónicamente lo han ubicado en una escala de disvalor. Y ese saber tiene que ver con la capacidad de producción ficcional; puesto que, si algo caracteriza a los niños zombis millaseanos, es su habilidad para valerse de los mecanismos de la ficción –la invención, la mentira, la imitación, la lectura (Premat, 2016)– y generar otras formas de agenciamiento. Este tipo de saber, sin embargo, no se comparte gratuitamente, sino que se paga con el cuerpo, con la infección del propio cuerpo. La enfermedad del niño zombi se enlaza de tal forma con la capacidad de ficcionalizar, siendo la ficción una más de las infecciones que padecen estos cuerpos. Y en este sentido, los niños zombis millaseanos no son solo cuerpos biológicamente infectados, sino también ficcionalmente infectados. La ficción se convierte en parte de la infección que posibilita al niño zombi expandirse en nuevos cuerpos y construir otros marcos de legibilidad biopolítica. El Vitaminas, entonces, infecta a Juanjo, y en esa infección lo contagia con este saber que le permitirá, de ahora en más, intervenir la realidad para modificarla. Y así lo hará, al menos, al poner una coma que transforma el sentido de una frase con la que María José, la hermana del Vitaminas, lo mortifica en un rechazo amoroso. Así lo hará, también, al instalar una variación en el significado de la muerte, alegando que la misma no es más que un desplazamiento al interior de la vida, una mudanza a otro barrio de la ciudad: al Barrio de los muertos.

La visita de ambos niños al Barrio de los muertos será definitiva en el proceso de descomposición del cuerpo del Vitaminas, dado que se acentuarán los síntomas de su enfermedad en un proceso de devenir mortuorio. Sin embargo, no será el Vitaminas el único que salga transformado de este barrio, sino que también Juanjo cogerá otra enfermedad que acabará por alterar su cuerpo, dado que, en el siguiente encuentro, los niños, infectados ya corporal y ficcionalmente, se asombrarán ante el proceso de deshumanización que ambos han sufrido: “[el Vitaminas] al observar mi transformación corporal aseguró que parecía un niño araña. Él, por el contrario, había engordado de una forma rara. Cuando más tarde se lo comenté a mi madre, me dijo que no estaba gordo, sino hinchado” (Millás, 2007: 70). La deformación de ambos niños, por los efectos de una enfermedad acentuada en la visita al Barrio de los muertos, no hace más que afirmar su carácter monstruoso, su calidad de zombis; porque estos niños no solo desafían las barreras de la vida y de la muerte, haciendo de ella una demora o una apropiación al

transformarla en un barrio del cual se puede entrar y salir, sino que en tanto cuerpos biológicamente infectados son inducidos en un proceso de desacralización de lo humano que se enfatiza en la deformación corporal. Es que el zombi se define “no tanto porque se acerque a la muerte sino porque se enlaza con la desmesura del cuerpo” (Fernández Gonzalo, 2011: 84). Se entiende, entonces, que lo que Juanjo ve en el Vitaminas como un engordamiento extraño es en realidad el exceso de una materia orgánica que busca desarrollarse y sobrepasar sus propios límites. Es todo aquello interno que busca salirse de sí mismo produciendo una fragmentación corporal que acaba, no solo fraccionando el cuerpo, rompiendo con su unidad, sino también expandiéndolo. Es que antes que un cuerpo cerrado, un individuo, el zombi, como afirma Fernández Gonzalo, recuperando a Jean Luc-Nancy, es más bien

[...] un *corpus*, un cuerpo que no forma una unidad en sí mismo, que no refleja una imagen estable, sino que se afana en captar nuevos flujos, en aumentar territorialidades, en ofrecer, por su literal desmembramiento, nuevos cuerpos, nuevas máquinas que a su vez pretenden conquistar, expandir la plaga, morder, tocar, aferrar (Fernández Gonzalo, 2011: 88).

El Vitaminas teje con Juanjo un modo de vinculación que posibilita no solo posicionarse en un lugar de *poder-saber*, en un espacio de agenciamiento que revaloriza aquello que su cuerpo porta como potencia, sino que, sobre todo, habilita la expansión de su cuerpo en la infección de su amigo. Puesto que una vez que ha legado su saber, que ha infectado con su saber a Juanjo, puede concretar un proceso de devenir mortuorio a sabiendas de que parte de sí mismo seguirá viviendo, habitando, otro cuerpo: “Aquella noche falleció el Vitaminas. Quizás su cuerpo había intentado desarrollarse un poco y su corazón había estallado” (Millás, 2007: 76). El Vitaminas, en este sentido, no solo fallece sino que explota; fracciona su cuerpo en un desgarró que lo lleva hacia el otro lado de la vida y, al mismo tiempo, garantiza un proceso de expansión que se ha iniciado en el momento en que ha decidido infectar el cuerpo de su amigo, haciéndolo devenir también en zombi. Porque también Juanjo se ha transformado. También Juanjo ha devenido en un niño zombi, mediante un proceso de descentramiento del cuerpo que encontrará como potencia su productividad ficcional, aquella que le permitirá no solo mirar la calle, “o sea, el mundo” (Millás, 2007: 105), desde otro lugar, sino también modificarlo mediante una lengua que llevará por nombre *literatura*. O así definirá él mismo ese modo de intervención cuando el rechazo de María José acentúe, ya ni siquiera su condición de niño enfermo, infectado, sino directamente su condición de muerto vivo.

Estar muerto era en mi situación un consuelo, pues cómo soportar vivo, no ya aquel rechazo, sino aquella humillación. Tú no eres interesante para mí [...]. Quizá [María José] había dicho: “tú no eres interesante, para mí”. La coma entre el “interesante” y el “para” venía a significar que podía ser interesante para otros, incluso para el mundo en general [...]. Quizá al colocar aquella coma perpetré un acto fundacional, quizá me hice escritor en ese instante. Tal vez descubrimos la literatura en un mismo acto de fallecer (Millás, 2007: 141-142).

La literatura, sin embargo, ha sido descubierta mucho antes; no en el acto de fallecer, no en el acto de poner la coma, sino en la infección del cuerpo que posibilitó ver la calle desde otro lugar. Dicho de otra forma, la literatura se descubre en un proceso de devenir zombi a través de la infección y en la

posibilidad de generar desde allí otras zonas de potenciación para los cuerpos, otros marcos de legibilidad que posibiliten su agenciamiento.

En síntesis, indagar en la inscripción de la niñez en la narrativa de Millás supone pensarla en clave monstruosa, en términos de una niñez zombi. Pero zombi en un sentido particular: como cuerpo biológica y ficcionalmente infectado. Los niños zombis de Millás complejizan la noción de muerto-vivo para desplazarla al terreno de la enfermedad, la infección y sus modos de resistencia. Si en la tradición inaugurada por la cultura haitiana y llevada a la gran pantalla por el cine de Georges Romero la plaga zombi se expandía hacia otros cuerpos a partir de mordidas, en la narrativa de Millás los niños zombis aumentarán su territorialidad a través de la infección. Una infección que no se reduce solamente a la alteración corporal, sino que ofrece, en ese mismo acto, sus mecanismos de resistencia biopolítica. Y tal resistencia se materializa en la capacidad del niño zombi de generar otros marcos de legibilidad al valerse de la ficción. Dado que es la capacidad de producir ficción lo que habilita al niño zombi a trazar una serie de desplazamientos y posicionar su cuerpo en un espacio de poder y saber, es esta misma capacidad la que posibilita a estos niños infectados revertir las lógicas de desamparo y generar otros espacios de agenciamiento, otros modos de vinculación.

› **Referencias bibliográficas**

Contadini, L. (2015). Revelaciones y desconocimiento del 'yo' en *El mundo* de Juan José Millás. *Pasavento. Revista de Estudios Hispánicos*, 3(1), 171-183.

Cortés-Rocca, P. (2009). Etnología ficcional. Brujos, zombis y otros cuentos caribeños. *Revista Iberoamericana*, 75(227), 333-347.

Fernández Gonzalo, J. (2011). *Filosofía zombi*. Barcelona: Anagrama.

Foucault, M. (2014a). *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.

_____. (2014b). *Los anormales. Curso en el Collège de France (1974-1975)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Giorgi, G. (2014). *Formas comunes. Animalidad, cultura y biopolítica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

Millás, J. J. (1999). *No mires debajo de la cama*. Madrid: Punto de Lectura.

_____. (2002). *Dos mujeres en Praga*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.

_____. (2006). *Laura y Julio*. Barcelona: Seix Barral.

_____. (2007). *El mundo*. Barcelona: Planeta.

_____. (2017). *Mi verdadera historia*. Barcelona: Seix Barral.

Orihuela, R. (2008, 20 de enero). Niños en el tiempo. *Radar Libros. Página 12*, 1-2.

Premat, J. (2016). *Érase esta vez. Relatos de comienzo*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Tres de Febrero.

Prósperi, G. (2010). Final feliz: niños, mujeres y escritores en las novelas de Juan José Millás. En L. Silvestri et al. (Eds.), *Actas del XVII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Roma, 19-24 de julio de 2010, Volumen V. Moderna y Contemporánea* (521-528). Roma: Bagatto Libri.

_____. (2013). *Juan José Millás. Escenas de metaficción*. Binges/Santa Fe: Orbis Tertius/UNL.

Sánchez Trigos, R. (2009). Muertos, infectados y poseídos: el zombi en el cine español contemporáneo. *Pasavento. Revista de Estudios Hispánicos*, 1, 11-34.

Schifino, M. (2008). El mundo de Millás. *Revista de Libros*, 434, 1-3.

Tanner, C. (2017). La autoficción como poética: *El mundo* de Juan José Millás. *Impossibilia. Revista Internacional de Estudios Literarios*, 14, 145-167.